

ESTADOS UNIDOS ENTRE LA PAZ Y LAS ELECCIONES

ENTRE dos martes, la vida política de los Estados Unidos adquiere un cierto frenesí. Este martes, 31 de octubre, al filo del cual escribo —y sin posibilidades proféticas—, debe expirar el plazo fijado por los vietnamitas para que los Estados Unidos y el Gobierno de Saigón firmen el acuerdo de alto el fuego; si traspasan la fecha sin hacerlo, las negociaciones se considerarían como no celebradas. El martes siguiente, 7 de noviembre, se celebran las elecciones presidenciales. Es más fácil, en este caso, la profecía: Nixon mantiene en estos momentos una ventaja muy considerable —aproximadamente 25 puntos, y sostenida en todos los Estados— que parece irreversible, por muy sombríos que pudieran ser los acontecimientos en estos últimos siete días.

ES indudable la relación entre estas dos fechas, entre estos dos martes. Nixon ha construido todo el edificio de su reelección sobre la paz en el Vietnam. Y la tiene, como ha dicho su asesor Kissinger, elaborador material de las negociaciones, «al alcance de la mano». Es también irreversible, a pesar del numantimismo del Presidente Thieu. Podría traspasarse la fecha del ultimátum, podrían producirse nuevas batallas, nuevos bombardeos, podría superarse la fecha electoral, y se volvería de nuevo a la negociación y al acuerdo. La idea de que la guerra está terminada se ha establecido ya. Si Thieu exagera su oposición, tendrá que desaparecer de alguna manera. Prácticamente, la mejor posibilidad que tiene Thieu de sobrevivir políticamente —y quizá físicamente— es aceptar los términos de la negociación.

ES posible preguntarse por qué razones Nixon ha dejado apurar tanto el tiempo hasta el punto de que alto el fuego y elecciones coincidan de tal forma que aquél pueda desbordar a éstas, contra sus cálculos. No es una respuesta fácil de dar. No es fácil, siquiera, saber por qué razones se ha pospuesto el acuerdo durante cuatro años: los términos que ahora aceptan los vietnamitas los hubieran aceptado igual cuando Nixon llegó a la Presidencia después de las elecciones de 1968. Ya se sabía entonces —y aún mucho antes— que la guerra estaba perdida por Estados Unidos; quizá no todo el mundo estuviese convencido en los Estados Unidos de ello, quizá muchos cuyo negocio dependía de la continuación de la guerra preferían no enterarse. Tal vez fuera preciso apurar los planes que los estrategas consideraban como infalibles para llegar al convencimiento de que no lo eran: la extensión de la guerra a Camboya —un nuevo desastre—, el bloqueo de Hanoi —un acto inútil—, la presión máxima de los bombardeos sobre el Norte —unas matanzas, unas destrucciones sin eficacia— que no han hecho más que deteriorar la imagen política y militar de los Estados Unidos, compro-

meter su economía —y un poco la del mundo: cuando se buscan las causas de la inflación en Europa, se olvida con demasiada frecuencia la enorme circulación de dólares producida por la guerra del Vietnam precisamente— y ensalzar la de su enemigo al contemplarse cómo era capaz no sólo de mantener su resistencia, sino de producir ofensivas muy importantes —y muy decisivas— frente a Estados Unidos.

PARACE que Nixon ha tenido que vencer resistencias importantes interiores para llegar a esta conclusión a la que la lógica había llegado mucho antes. Parece, también, que deseaba antes emprender una especie de establecimiento político a escala global, como ha sido la profundización de relaciones con la Unión Soviética y el establecimiento de ellas con China. Como si hubiera querido mostrar a las fuerzas que mantienen el poder en Estados Unidos que les daba una opción para hacer negocios, por esa vía, mejor que la guerra del Vietnam, y que fácilmente podrían desprenderse de ella como fuente de beneficios. En términos clásicos, y con ciertos eufemismos, ha querido instaurar una «economía de paz» —mediante la vía de las relaciones con los grandes y los pequeños países comunistas, disputándoles a Europa sus mercados— antes de terminar con la «economía de guerra».

PERO parece, también, que para el convenio final de los «halcones», o partidarios de la continuación de la guerra, ha sido precisa la existencia, la presencia y la acción de un personaje perfectamente oportuno llamado George McGovern. Si la existencia de una opinión pública fuerte y numerosa en favor de la paz en Vietnam era conocida desde muchos años atrás —y aún Nixon se benefició de ella en su campaña para las elecciones de 1968, prometiendo la solución del conflicto—, la verdadera canalización política, por la vía electoral, del sistema —aparte de manifestaciones, disturbios, «underground», etcétera— se ha centrado en McGovern. Si la alternativa de estas elecciones se hubiese centrado en la oposición entre McGovern = paz contra Nixon = guerra, muy distintos serían en estos momentos los cálculos electorales. Nixon ha conseguido invertir los términos muy hábilmente: McGovern = paz probable, Nixon = paz segura. Para ello era preciso que Nixon ofreciese, realmente, una paz segura. Y para poderla ofrecer tenía que presentar como horrible a los tenebrosos del país la posibilidad de que ganase McGovern. El propio McGovern se ha encargado de ello con sus amenazas de modificar los impuestos en el sentido de cargar sobre los más ricos y exonerar a los más pobres, buscar una redistribución de la riqueza, limitar los beneficios de las grandes sociedades, ampliar la seguridad social, socializar grandes industrias... Y una serie de elementos de reforma de la sociedad: la amnistía para los desertores, el aborto libre, la legalización de la droga... Ante esta suma de horrores, el gran capital prefiere conceder a Nixon la paz en el Vietnam.

PERO, ¿iba llegar McGovern a todo esto? No está, evidentemente, nada claro. Parece que la gran habilidad de Nixon y del partido republicano en esta rara campaña electoral ha consistido en ampliar, agrandar, poner de relieve los términos de la campaña de su adversario. Llegando bastante más allá de lo que él mismo ha llegado. Si McGovern había llegado a la política para dar miedo a la minoría de fascadores de la perversión de la democracia, abultando un poco sus rasgos, iluminándole con una luz especial, podía conseguirse que diese miedo también a los otros, a los disconformes. Y que a muchos les pareciese precisamente tan desproporcionado que, aun compartiendo gran parte de sus ideas y de su deseo de renovar el país, le considerasen utópico, imposible. La mayor parte de los sistemas de propaganda de tipo «anti» se han hecho siempre exagerando los errores, los defectos del adversario. Exagerar sus virtudes hasta convertirlas en monstruosas y peligrosas parece algo completamente nuevo y, a lo que se ve, bastante eficaz.

LA gran trampa ha cogido completamente de sorpresa al propio McGovern. El desventurado supo muy a tiempo ponerse al frente de la gran masa de los inconformistas y de los grupos de protesta en un momento en que la crisis hacía —hace— presa en el país. Asumió en su campaña —para la elección de candidato por el partido demócrata—

El Presidente Nixon, acompañado de su esposa, en su visita a White Plains (Nueva York), que forma parte de la campaña electoral.





El senador McGovern, candidato demócrata a la Presidencia, en una reunión de estudiantes en la Universidad de Cleveland.

los grandes temas populares: la lucha contra la continuación de la guerra en el Vietnam, la necesidad de apaciguar los enfrentamientos raciales por una aplicación estricta de los derechos civiles, las grandes campañas de la «liberación de la mujer», los estudiantes y sus temas contestatarios —amnistía para los desertores, venta libre de drogas menores, final del servicio militar obligatorio—, y se encontró de pronto con que estos grupos desconfiaban de él. No conoció a tiempo la mecánica de los movimientos contestatarios, que se nutren de una desconfianza continua por «la trampa»: creyeron éstos que al integrar su protesta dentro del sistema político actual —del cual, notémoslo bien, no solamente no se ha salido jamás McGovern, sino que no ha pretendido jamás salirse— iba a perder su fuerza; que era una «trampa del sistema». Pero, en realidad, el sistema real, el auténtico, el que mantiene el poder, no pretendía siquiera tal integración, y el simple y moderado enunciado de McGovern de algunos de estos propósitos bastó para echarle el partido —con su maquinaria— encima, y los sectores más asustadizos de la opinión pública, también. Aunque hubiera leído bien su Marcuse, McGovern no se había penetrado bien, tampoco, de la verdadera situación de la clase obrera en Estados Unidos. Esta clase está convencida de que ha conseguido importantes mejoras sociales en los últimos años, no tiene tensión revolucionaria ni está muy dispuesta al cambio. Teme que una alteración profunda del sistema capitalista pudiera producir una catástrofe económica nacional que destruyese su nivel de vida actual. Este conservadurismo está sostenido por unos sindicatos que, sin exageración, están dirigidos por elementos de la extrema derecha. Se le fue a McGovern la maquinaria del partido demócrata —que supone organización, presiones electorales, ayudas considerables al candidato— y se le fueron los trabajadores, los sindicatos: que significan dinero, mucho dinero en apoyo del candidato demócrata, y también infraestructura para la campaña electoral. Y votos.

EL aspirante comprendió que estas defecciones se debían a su fama de radical y, precisamente, a la exageración de sus propios lemas y consignas, de su programa, por quienes eran sus enemigos. Se echó atrás. Cuando descubrió que Eagleton —su vicepresidente— era un marginado, se desprendió rápidamente de él. Fue su primer tropiezo, a partir del cual no ha parado en el camino de los errores políticos. Pareció que lo reparaba cuando nombró a Sargent Shriver para sustituir a Eagleton: traía consigo la fuerza política de los Kennedy —está

casado con una hermana del senador Kennedy—, su brillo y su prestigio. El propio senador Kennedy se lanzó en apoyo de la candidatura de McGovern. Pero aquí hay otra trampa... Los Kennedy se limitan a estar presentes en la opción liberal de estas elecciones: no están haciendo la propaganda de McGovern, sino que lo están utilizando para hacer la suya propia. Para dentro de cuatro años, o de ocho, o de dieciséis: el senador es joven, tiene tiempo por delante...

PARA desmontar la campaña de caricaturización de su propio programa, para conlugar a los moderados y a los equilibrados, McGovern se volvió atrás. Empezó a reducir sus ofertas a los contestatarios, a los marginados, a los inconformistas. Los cuales confirmaron rápidamente su impresión de que McGovern era una trampa. Para no alienarse los importantes votos judíos —y su influencia de propaganda en la prensa y la televisión—, se mostró partidario de continuar la ayuda a Israel. Pero, ¿por qué razón los judíos van a dejar de ayudar a Nixon, si difícilmente nadie puede darles más de lo que está dando? A cambio de lo cual perdió los votos y la adhesión de los que creen que la acción de Estados Unidos en el oriente árabe es imperialismo, de los que temen que tal acción pueda llevar a una nueva situación vietnamita. Y así sucesivamente.

MIENTRAS tanto, Nixon le iba arrebatando, tranquilamente, desde el poder, los puntos más reales de su programa: la relación con la URSS, la iniciativa hacia China, la negociación para la retirada de tropas de Europa, los acuerdos de desarme, la reducción del servicio militar —como camino hacia su desaparición total—; finalmente, la paz en el Vietnam. McGovern quedaba como un simple iluso; en sus manos había no más que unas breves promesas para los marginados, que los marginados no creían siquiera.

DE esta forma, las elecciones que se presentaban hace unos meses como —¡por fin!— una opción entre dos formas políticas, entre una América con voluntad de cambio y una América continuista, conservadora, se convierten una vez más —como hace cuatro años— en unas elecciones desmayadas, descoloridas. Testigos de los Estados Unidos de este momento nos dicen que hay una apatía general, un desinterés considerable. La misma apatía de la que fui testigo en las elecciones de hace cuatro años entre Nixon y Humphrey. Toda la tensión se reserva para la cuestión vietnamita, para el gran «suspense» entre la paz

ESTADOS UNIDOS

y la continuación de la guerra. ¿Puede estar artificialmente mantenido, podría haber llegado ya Nixon a desbordar a Thieu y forzar la firma de los acuerdos de París? ¿Podría estar sosteniendo la situación para que precisamente se traspasase la fecha electoral y, siendo ya Presidente reelegido, firmar la paz, como una prueba de que no la necesitaba para ganar las elecciones? ¿O, como temen algunos, pretende estarse aprovechando de la propaganda de paz, sin firmarla, para después volverse atrás cuando esté seguro de permanecer en la Casa Blanca los últimos cuatro años que le permite la Constitución? Preguntas todas ellas sin respuesta fácil. Queda dicho, con respecto a esta última, en líneas anteriores, que la paz parece irreversible, y si no llega en este preciso momento —y muy bien podría haber llegado ya en el tiempo que media entre la escritura de estas líneas y su publicación—, no tardará mucho tiempo en llegar. Después de la promesa concreta de paz, después de haber visto la luz al final de este largo túnel, los Estados Unidos difícilmente podrían volver a realizar el esfuerzo de guerra con la plenitud necesaria, y la moral de las tropas combatientes por el Gobierno de Salgón está completamente minada ya. Y Nixon no puede exclamar fácilmente «después de mí, el diluvio». Nixon no es Nixon: es el partido republicano, que ya está pensando en las elecciones de dentro de cuatro años; es el sistema, las fuerzas de poder, que ya no pueden enfrentarse tan abiertamente con la opinión pública: es el riesgo que corría el mismo sistema de estallar desde dentro.

DE todas maneras, la incógnita persiste aún en estos momentos. Como, débilmente también, persiste hasta cierto punto la del resultado electoral. ¿Cabe la sorpresa? McGovern y su equipo siguen creyendo que, a pesar de todos los pronósticos y de todos los computadores, van a ganar. Les sostiene el milagro realizado ya de romper la máquina del partido demócrata, y la esperanza de que, a la hora de votar, muchos de los actuales indiferentes, de los decepcionados, de los temerosos, prefieran votar a McGovern que a Nixon. Se han visto cosas más extrañas... ■ E. H. T.

LOS OTROS CANDIDATOS

Nixon y McGovern no son los únicos candidatos que se presentan a las elecciones norteamericanas del 7 de este mes. Hay unos cuantos ciudadanos que, aun a sabiendas de que no conquistarán jamás la Presidencia, intentan por lo menos transmitir su «mensaje».

Así, los libertarios, que abogan por la total ausencia del control del Estado sobre la «cosa pública», presentan este año a John Hospers, ex profesor de Filosofía, que en 1964 apoyó nada menos que a Goldwater. Hospers exige una liberalización total que va hasta la creación de parques de bomberos privados.

Harold Munn, ex decano de un pequeño «college» de Michigan, representa al partido prohibicionista: «Un país sin alcohol es un país feliz».

El partido de los americanos fieles tiene también su candidato: Billy Joe Clegg, cuarenta y tres años, fundador y miembro único de su partido. Dios es el director de su campaña; Jesucristo, su agregado de prensa, y el Espíritu Santo, escribe sus discursos, mientras que

un equipo de ángeles es el encargado del trabajo subalterno de organización de la campaña.

Phil Cassador, treinta y ocho años, indio de pura raza, se ha visto obligado por el jefe de su tribu a interrumpir su campaña y regresar a Arizona.

En Washington, James Boron, cuarenta y seis años, ex funcionario del Departamento de Estado, ha creado una asociación nacional de burócratas profesionales. Su divisa es: «Cuando seáis responsables, reflexionad. Cuando tengáis problemas, delegad vuestros poderes. Cuando dudéis, murmurad». Boron ha organizado una campaña de «no reacción creativa a las exigencias del pueblo» y considera a Nixon como su más temible competidor en el plano de la «inactividad dinámica».

Según los últimos sondeos, Nixon conseguirá el 59 por 100 de los sufragios, y McGovern, el 36 por 100. En el mejor de los casos, los idealistas se repartirán el 5 por 100 restante...

FEIFFER

HE AQUÍ A KISSINBUNDY.



KISSINBUNDY ES CONSEJERO DE LOS PRESIDENTES EN MATERIA DE POLÍTICA EXTERIOR.

LO PRIMERO QUE HACE UN PRESIDENTE AL OCUPAR SU CARGO...



ES CONVOCAR A KISSINBUNDY.

EL CUAL, BASÁNDOSE EN INFORMES DE LA "INTELUIGENTSIYA" Y EN SU PROPIA EXPERIENCIA...



ACONSEJA AL PRESIDENTE LO QUE DEBE HACER.

CUANDO TODO SALE MAL...



EL PRESIDENTE TIENE QUE DEJAR EL CARGO.

LO PRIMERO QUE HACE ENTONCES EL PRESIDENTE ENTRAANTE...



ES LLAMAR A KISSINBUNDY.

ESTE NOVIEMBRE LOS AMERICANOS DECIDIRÁN CUAL DE LOS DOS CANDIDATOS...



SE HA DE BENEFICIAR DE LOS CONSEJOS DE KISSINBUNDY.

LOS PRESIDENTES CAMBIAN, PERO...



KISSINBUNDY ES ETERNO.

© 1972 ALB FEIFFER